

insignias de uno de los capitanes de su ejército militante. No pudo dirigir la ceremonia de su ordenación el que le había alistado á la milicia eclesiástica y le había hasta entonces adiestrado en las batallas del Señor, porque á la sazón el celosísimo obispo de Vich se hallaba ya atacado de la enfermedad que, con universal sentimiento de sus amadas ovejas, le llevó al sepulcro.

Revestido el Sr. Claret con la nueva dignidad, no acababa de admirarse de la benignidad de Dios nuestro Señor, que, sin él merecerlo, como él decía, le había levantado á tanta honra. Una y mil veces se le entregó todo entero y le prometió no buscar más que la gloria de Él, y almas que le amasen y cantasen para siempre sus misericordias. Espantábase, y con razón, al pensar que un hombre mortal, como él, había de tener en sus manos y ofrecer la víctima inmaculada, Jesucristo, por la salvación del mundo. Penetrado de estos profundos sentimientos, se dispuso con ocho días de oración y recogimiento para dar principio á obra tan divina, la principal del sacerdocio. Amaneció, finalmente, el día 21 de Junio, fiesta del angélico joven San Luis Gonzaga. ¿Quién podrá explicar el fervor, las lágrimas con que se acercó por vez primera al altar santo? ¡Qué estremecimiento experimentaba al imaginar que pronto descendería á sus manos el Dios de la Majestad! Pero el pensar que aquél era también Dios de amor que dulce y regaladamente venía á visitarle, llenaba su corazón de inefable alegría, y luchando en su alma estos diversos sentimientos, triunfó por último el amor y el deseo de unirse y estrecharse con su amado Señor. Al sumir la sagrada hostia pareció que su rostro se iluminaba, trasluciéndose á lo exterior el divino fuego que entonces en su pecho penetraba. Grande fué el contento y regocijo y la devoción que este solemne acto inspiró á todos los habitantes de Sallent, donde la Misa se decía, pero particularmente á sus parientes y allegados. Cuando se retiró á dar gracias después de la Misa, el nuevo sacerdote estaba como enajenado. Lo que pasaba dentro de su corazón no es para dicho, y así le dejaremos gozar tranquilo de sus amorosos transportes y de sus coloquios celestiales, dando fin á este capítulo antes de empezar á recorrer el nuevo horizonte que se abre delante de nuestros ojos.



CAPÍTULO IV

VIDA SACERDOTAL DEL SEÑOR CLARET HASTA QUE ES LLAMADO Á LAS MISIONES (1835-1839)

1. Cómo cumplió el Sr. Claret con las obligaciones del estado sacerdotal.—
2. Primeros actos de su celo.—3. Es nombrado teniente, y luego cura ecónomo de Sallent.—4. Su conducta en este empleo.—5. Siéntese llamado de Dios á las Misiones.

1. Entrado el Sr. Claret con tan felices auspicios en el sacerdocio, fácil era adivinar cuán perfectamente cumpliría las obligaciones del nuevo estado. Como no hemos llegado aún al tiempo en que por deber de su cargo no podía menos de trabajar por la salvación de las almas en el ministerio de la palabra y en el santo tribunal de la penitencia, nos limitaremos á hablar de las obligaciones comunes á todos los sacerdotes, las cuales, además del buen ejemplo, se reducen principalmente al modo de celebrar la santa Misa y al rezo del Oficio divino.

Siempre fué muy amante de estar recogido en casa cuando la caridad no le llamaba fuera; pero resplandeció más este amor en los primeros años de su vida sacerdotal, porque, según se indicó ya en el capítulo pasado, debió en ellos completar sus estudios eclesiásticos, por lo cual aprovechaba todos los instantes libres para recogerse al estudio y á templar su alma con el acero de la ciencia y de la virtud de Dios. Mas á pesar de este voluntario apartamiento del mundo, el buen olor de Cristo desprendido de sus buenos ejemplos trascendía á toda la población y aun más allá de ella: que siempre fué la santidad como el granito de almizcle, que, aunque pequeño y humilde en sí, embalsama la atmósfera que le rodea. La devoción con que celebraba la santa Misa, la majestad, pero sin afectada lentitud, con que hacía sus ceremonias, la perfección

con que observaba las rúbricas, y todo su continente grave y angelical, atraían á oírsele muchísimas personas, las cuales no se cansaban de verle en el altar, admirando su fervor y compostura y moviéndose con ello á devoción. Al fin de ella daba siempre gracias por un buen rato con tan gran recogimiento, que no levantaba los ojos de la tierra, ni aun respirar parecía.

El Oficio divino lo rezó siempre como quien alaba á Dios en unión de los coros angélicos, de los bienaventurados y de todos los justos de la Iglesia militante, y del modo perfecto con que él lo hacía sacó después aquella admirable regla de nuestras Constituciones, en que señala á sus Misioneros la manera de cumplir con esta sagrada obligación. "Antes de empezar, — dice, — miren bien y registren todas las cosas señaladas en el Oficio del día; tomen el tiempo suficiente, el lugar y posición más á propósito; recen digna, atenta y devotamente, con claridad, con distinción y con pausa en el asterisco (1)., ¡Oh, si todos los sacerdotes y eclesiásticos obligados al rezo se ajustaran á esta sapientísima regla! ¡Cuánta gloria darían á Dios, cuánto aprovecharían sus almas y cuántas bendiciones alcanzarían para la Iglesia de Jesucristo! Pero dejemos ya este punto, y veamos en particular cómo empezó el Sr. Claret á ejercitar su celo en el nuevo ministerio sacerdotal, pues á pesar de los estudios que continuó en este tiempo hasta el año 1839, no estuvo ocioso ni dejó de trabajar muchísimo en la salvación de las almas.

2. Apenas había transcurrido un mes desde su elevación á la dignidad del sacerdocio, cuando llegó á oídos del muy ilustre Vicario capitular, que por muerte del virtuosísimo Prelado Sr. Corcuera gobernaba á la sazón la diócesis, la ilustración y el talento del nuevo sacerdote Sr. Claret, y lo muy instruido que estaba para desempeñar rectamente los más difíciles cargos del ministerio eclesiástico; y así, previo examen, que hizo él con extraordinaria brillantez, le dió amplias licencias de predicar y confesar, las que, como veremos, no tuvo ociosas por mucho tiempo. Acaeció esto en 25 de Julio de 1835, cuando el Sr. Claret acababa de terminar el estudio de la Teo-

(1) Constituciones para los Misioneros de la Congregación de los Hijos del Inmaculado Corazón de la santísima Virgen María, parte segunda, cap. XII, núm. 48.

logía escolástica y estaba aún por empezar el de la moral. Mas nadie crea que el joven sacerdote estuviese todavía ayuno en esta ciencia de las ciencias, porque es la que más derechamente se encamina al ministerio de salvar las almas, y que fuera ligereza de sus superiores ó simple deferencia á su virtud tan temprana habilitación para el espinoso oficio del confesonario, porque ni el Sr. Claret fué temerario en abalanzarse á él sin el estudio suficiente, ni los superiores le facultaron para ello sin que precediera, como se ha dicho, un riguroso examen. Ni es de maravillar que se hallara ya tan bien dispuesto, pues si bien en los cursos académicos no había aún visto la Teología moral, hacía algunos que en tiempo de vacaciones la había leído y estudiado con detención, que éstas eran sus distracciones de las tareas escolares de durante el curso; y mientras otros buscaban alivio y solaz paseando por los amenos campos para respirar el aire puro y vivificador de la campiña, él, á excepción de algún ratito, se encerraba en su habitación y allí pasaba las horas, con los codos sobre la mesa de estudio, el libro abierto delante y los ojos fijos en él, cerrándolos á veces para meditar lo que había leído. Así se forman los hombres grandes y los santos.

Ocho días después de haber sido aprobado y habilitado para predicar y confesar con ocasión del jubileo de la Porciúncula, empezó á ejercer este último ministerio en la iglesia de su pueblo natal. Numerosos fueron sus penitentes, y fué por lo menos cosa extraordinaria que un sacerdote joven, recién ordenado, se estrenara con seis horas seguidas de confesonario, sin que hubiera la menor interrupción de una confesión á otra. Efecto fué, sin duda, del gran concepto de santidad que los habitantes de Sallent de él se habían formado el que á porfía se disputaran el confiarle sus conciencias y lo más secreto de sus almas. La concurrencia fué también maravillosa por otro lado, y es que nunca en los años anteriores se había visto tal afluencia de personas deseosas de aprovecharse del santo jubileo; de manera que el resorte de aquel piadoso movimiento no era otro que la suave fragancia de las virtudes del Sr. Claret, á quien ya desde niño habían admirado y habíanle visto á sus ojos crecer de día en día en la santidad, por lo cual no tanto le amaban como compatriota, cuanto le veneraban como á santo.

Predispuestos los ánimos en su favor, no le fué difícil ganar los corazones de ellos y hacerles practicar los prudentes consejos que en la confesión les daba; y muchos, desde aquel primer día en que dió comienzo á este sagrado ministerio, mejoraron notablemente sus vidas, no sin grande provecho de sus almas. El pueblo, entusiasmado, quiso oír también la voz del nuevo sacerdote y verle en la cátedra sagrada, para lo cual escogieron el día de la fiesta principal del pueblo, que se celebraba en el próximo mes de Septiembre. El señor Cura párroco y los encargados de ordenar los solemnes cultos consagrados al Patrón del lugar, en su nombre y en el del pueblo, ofrecieron al Sr. Claret el sermón de la fiesta, el cual hubo de aceptar por corresponder al deseo general de sus paisanos. Llegado el fausto día, mucho antes de la función la iglesia se llenó de gente, ansiosa de ganar lugar para oír mejor al latente apóstol, que iba á dar en aquel día las primeras pero muy esclarecidas muestras de sí. Cuando el novel predicador apareció con modesto semblante, aunque sereno, entre la apiñada muchedumbre, todos los ojos se clavaron en él, y un sentimiento instintivo de veneración se apoderó de los corazones. Comenzó el panegírico con voz grave, clara y sonora, y á las primeras frases tuvo ya cautivado al auditorio. Poco á poco el acento de su voz fué elevándose, los movimientos de su cuerpo adquirieron extraordinaria animación, el semblante empezó á enrojarse con el calor de la palabra, el divino fuego que abrasaba su corazón se traslució en el rostro y en los ojos, pero mayormente en el timbre agudo y penetrante de la voz, á la que dió una fuerza tan persuasiva y conmovedora que no tiene nombre en la elocuencia humana ni explicación en el lenguaje de los hombres, aunque sí un nombre que se siente y no se sabe lo que es, porque es indefinible como todos los misterios de la divina gracia. Tal es la unción evangélica. Excusado es advertir ahora el maravilloso efecto que produjo en todo el auditorio la palabra viva del incipiente apóstol, pues ya desde entonces los entendidos le bautizaron con tan glorioso nombre, previendo lo que un día no lejano llegaría á ser. No menor fué el resultado del sermón que hizo al día siguiente en conmemoración de los difuntos, según la tradicional costumbre de Sallent, pues no sólo admiró á sus paisanos con la sabiduría y unción de su discurso, sino, lo que es más,

aumentó en ellos los sentimientos de piedad para con los finados, despertó en muchos indiferentes el sentimiento religioso, y todos sus oyentes salieron mejorados y aprovechados del sermón.

3. Apenas comenzadas con tan felices auspicios las tareas de su ministerio sacerdotal, llegó el tiempo de inaugurar el nuevo curso académico de 1835 á 1836; y como en él había de dar principio al estudio de la Teología moral, se trasladó á Vich como en los años anteriores para asistir á las clases del Seminario. Pero ocupado este edificio, según se apuntó en otro lugar, por los desafortunados voluntarios del Gobierno liberal, y excitados los ánimos é hirviendo las pasiones políticas con motivo de la guerra civil, no bien hubo llegado á la capital de la diócesis, el Gobernador eclesiástico le aconsejó que siguiera los estudios por medio de conferencias privadas, y así hubo de volver á residir en la iglesia del beneficio que tenía en Sallent, pues había cesado la causa canónica que le dispensaba de la residencia, según el derecho de las Decretales.

Vacó por entonces el cargo de Teniente cura del pueblo natal del Sr. Claret, y el Sr. Luciano Casadevall, Vicario capitular de la diócesis, puso en él los ojos para aquel difícil cargo, que lo era sin duda en el período de la guerra de los siete años. No hemos podido averiguar la fecha exacta de este nombramiento, que, según los cálculos más probables y aproximados, debió acaecer en el mes de Octubre ó de Noviembre de 1835 (1), poco después que el Siervo de Dios tornó á la villa por haberse frustrado el plan de seguir sus estudios en las aulas del Seminario. Lo que dificultaba en gran manera la mi-

(1) Nuestro Rdo. P. Clotet, á petición mía, con fecha del 15 de Noviembre de 1892 se había dirigido al Sr. D. Francisco Moret, vicesecretario de la Curia episcopal de Vich, pidiéndole que se dignara sacar de los registros de la Secretaría la fecha de este nombramiento y del de Cura ecónomo, y el Sr. Moret le respondió el 21 del mismo mes y año lo que sigue: "Siento en el alma no poder complacer á Ud. suministrándole los datos que me pide en su estimada del 15. En el Registro de Ecónomos y Vicarios hay un vacío lamentable, pues faltan todos los nombramientos hechos desde mediados de 1825 á mediados de 1844, el cual vacío no sé comprender; y así es que, no obstante encontrar en el mismo Registro una nota del Dr. Jaime Pasarell, que dice haber observado él esta falta, y en su consecuencia haber ordenado el Sr. Vicario capitular Casadevall se continuaran todos los nombramientos, he mirado toda la Secretaría, por si *forte* encontraba otro Manual en el que se subsanara la omisión; mas todo ha sido inútil..."

sión que se le había confiado era la pasión de partido, que en aquella época revuelta hacía estériles los trabajos de muchos celosos sacerdotes. Los que conocían el verdadero estado de las cosas no podían menos de inclinarse al partido de D. Carlos, no tanto por la cuestión de legitimidad, cuanto porque era el representante de las ideas genuinamente católicas, al paso que en el campo liberal pululaban los funestos errores de nuestros días, pues los personajes más conspicuos que en él figuraban, salvo honrosas excepciones, eran enemigos más ó menos enmascarados de las tradiciones religiosas de nuestra patria, y unos por odio á la Iglesia, no siempre bien reprimido, y otros fascinados por las nuevas doctrinas ó por el afán de novedades, acariciaban las ideas de la Revolución y con manejos ocultos trabajaban para implantar en la bendita nación española la libertad de perdición y los malhadados *derechos del hombre*, que no son otra cosa que la impunidad concedida á los ataques contra la Iglesia y la misma sociedad, y el rompimiento de las cadenas á todas las pasiones para que sin traba alguna se desborden sobre la haz de la tierra. Y lo que en teoría dividía á los dos campos se veía también llevado á la práctica de un modo tan claro y evidente que sólo los ciegos podían aparentar no verlo para inclinarse por el lado de la verdad. Al paso que las tropas carlistas trataban con mucha deferencia á las personas eclesiásticas, y respetaban y mantenían por regla general, cuanto era dable, todos los derechos de la Iglesia, las del Gobierno de Madrid cometían mil desafueros contra las personas y cosas eclesiásticas, y affigían á la Iglesia española, ora oficialmente con inicuas leyes, ora con espíritu privado de venganza, tomando para ello cualquier fútil pretexto. No es de extrañar, pues, en vista de esto, que el clero en general, allí donde estalló la guerra civil, abrazara el partido de D. Carlos, y no sólo él, mas aun todas las personas que conservaban vivas en su corazón las tradiciones religiosas de España. Sin embargo, el pueblo de Sallent llevaba fama de adicto al nuevo orden de cosas, ó sea á las ideas liberales, algunos por malicia, y la muchedumbre popular engañada, como suele acaecer en semejantes casos, por algunos embaucadores que con el nombre de libertad en la boca buscaban un pedestal para sus ambiciosas miras.

Difícil era hallar en tales circunstancias un Teniente cura

que fuera bien recibido de la villa sin hacerse odioso á ninguno de los dos encontrados bandos. El Sr. Claret, aunque conocía bien las tendencias de ambos partidos y pensaba como todos los hombres de bien que estaban al tanto de las cosas, fijos los ojos en las tareas propias del ministerio sacerdotal, jamás había manifestado inclinación á ninguno de los dos partidos, porque sabía muy bien que nada podría él remediar de esta manera, antes por ventura acarrear nuevas persecuciones á la Iglesia, como de hecho pasó en algunas partes por las manifestaciones de algunos eclesiásticos favorables al partido carlista. El plan de campaña que ya desde niño se había formado para arrancar las almas de las garras de Lucifer era el anunciar la palabra de Dios y llamar á los pecadores al santo tribunal de la penitencia. A esto exclusivamente encaminó todos sus esfuerzos, á esto enderezó sus estudios favoritos, á esto ordenó sus más fervientes oraciones. En un país teatro de fratricida guerra vivía como si estuviera alejado de él, ocupado en la oración y en el estudio, que eran las únicas armas que intentaba esgrimir con el infierno. Por este medio, y como resplandecía en él tanta virtud, se granjeó el aprecio y la veneración de todos sus conciudadanos sin distinción de banderías, por lo cual ninguno era, como él, tan á propósito para el desempeño de la vicaría sallentina. Esto lo comprendió desde luego el Sr. Casadevall, y sin dar lugar á deliberaciones puso los ojos en él, lo llamó y le propuso el nombramiento. Aceptólo el Sr. Claret con mucha humildad y sumisión, y no tardó en dar pruebas de cuán acertada había sido la elección. Púsose al instante á las órdenes del señor Cura y compartió con él las cargas parroquiales, predicando alternativamente los domingos y fiestas principales de entre año durante la Misa, y consagrándose por la tarde á la enseñanza del Catecismo. Habiendo fallecido al poco tiempo el propio cura párroco, D. Mariano Cots, fué nombrado ecónomo, ó cura interino, el presbítero D. Juan Doménech. Retirado éste de Sallent por causas políticas, el señor Gobernador eclesiástico juzgó que para sustituirle no había otro más digno y respetable que el ya coadjutor Sr. Claret. Nombróle, por lo tanto, cura ecónomo cuando contaba como unos veintinueve años de edad y dos de sacerdocio.

Pero el Sr. Claret creyó que esto era para él sobrada hon-

ra, é hizo cuanto pudo por declinarla, sin faltar al respeto y á la sumisión debida á la autoridad eclesiástica. Era el Siervo de Dios, como se dijo, de estatura mediana, antes baja que alta, aunque su buena indole y edificante conducta infundían veneración á cuantos le trataban, sin que jamás alguno se desmandara en esto; pero él, como humilde, sólo atendía á lo primero, y le pareció hallar en ello muy buena razón para que no echaran sobre él aquel cargo, que tenía algo de honroso. Así, entre otras razones, alegó también ésta, y un día, hablando con su Prelado, le dijo con gracia: "Vuestra señoría ve que soy pequeño. ¿Cómo me respetarán mis feligreses?", "Déjese Ud. de eso, — le respondió aquél; — el hombre no es grande ni pequeño por su estatura. La grandeza del hombre, —añadió tocándose la frente, —se mide por aquí." Y el Sr. Claret hubo de bajar la cabeza y aceptar humildemente el nuevo cargo. Bien conocía el Sr. Casadevall que Claret, aunque pequeño de cuerpo y más en su propio concepto, valía por muchos sacerdotes, bien así como un diamante muy precioso, aunque de cortas dimensiones, excede en valor á muchas piedras.

Y ya que hablo accidentalmente de la estatura del Siervo de Dios, referiré una anécdota que le pasó por aquel tiempo á los pocos días de ordenado. Mientras estaba un día comiendo con su protector D. Fortián en la casa que le había servido de albergue durante la carrera, un dibujante amigo suyo sacó ocultamente su retrato y, cuando lo hubo terminado, satisfecho de su obra, dijo alegremente al Siervo de Dios: — Ya te tengo retratado. — ¿Es posible?, preguntó éste. — Y tanto, respondió aquél mostrándoselo al mismo tiempo; pero sin soltarlo de la mano. Mucho disgustó esta sorpresa al modesto sacerdote, y no pudiendo remediarlo, exclamó con humildad: "¡Valiente cosa la que has hecho! ¡retratar á un miserable como yo!." Este es el retrato más antiguo que de él se conserva, y á juicio de los que conocieron al Sr. Claret en su juventud, tiene con él bastante parecido.

4. Libre ya de cuanto podía contener su ardiente celo, y solo en un campo donde tantas malezas habían crecido, dió rienda suelta á su fervor y comenzó á soldar los primeros eslabones de aquella no interrumpida cadena de oro, que ligó el cielo con la tierra, estableciendo entre ellos benéfica co-

rriente de bendición y de vida. Largo es aún el camino que nos queda por recorrer en este período de evangelización apostólica, y así no estará por demás hacer de cuando en cuando alguna parada para volver la vista á su vida íntima y familiar, donde se fraguaban todos sus planes y se desenvolvían con el calor de la oración y de las comunicaciones amorosas que del Señor recibía: que en los grandes hombres, y más en los santos, suele estar la clave de sus heroicas acciones en algo imperceptible oculto en las sombras de la vida privada, y que á las veces tiene por únicos testigos un rincón ó cuatro paredes de un cuarto reducido. Vamos, pues, á entrar primero en la vida secreta del Sr. Claret, más oculta, sin duda, á los hombres, pero muy conocida de Dios, y por la que agradó más por ventura á sus divinos ojos que por la que el mundo vió y admiró, como que brillaba á los ojos de cuantos sin pasión la contemplaban.

No acaban los mundanos de persuadirse que los hombres nada pueden por su propia industria en el negocio de la santificación y salvación de las almas, y que las maravillas que los varones apostólicos han hecho eran debidas al auxilio y protección del Señor, que obraba en ellos y por ellos, y así no saben comprender por qué empleaban tantas horas en orar, ni alcanzan á penetrar los secretos y la virtud y eficacia de la oración.

Sobrada muestra han dado de tan grosera ignorancia los gobiernos que han suprimido los Institutos de vida contemplativa, como si los que en ellos moraban consagrados á la oración fueran inútiles á la sociedad y pasaran la vida en la ociosidad y holganza. Mas los que han meditado bien en las verdades de la Religión y no están ayunos en materia de espíritu saben perfectamente que la oración, y sobre todo la oración mental, es la rueda maestra de toda la vida espiritual, la que da vida é impulso á todas las acciones heroicas, la que mantiene viva en los corazones la llama de la caridad, la que detiene el brazo de la justicia divina y la que sostiene al mismo mundo á pesar de sus maldades. La razón es porque en la oración el alma comunica con Dios, exponiéndole su miseria y pidiéndole el remedio de ella, y el Señor, que tiene por costumbre levantar á los que se humillan y oír á los que le invocan, comunica al alma su divina fortaleza, y el hombre, flaco